

rineros y las reflexiones de las damas, y permanecía sombrío y silencioso.

Doña Ana volvió en sí, miró al Indiano un momento, y luego arrodillándose á sus piés, exclamó:

—¡Soy sola ya en el mundo! sed mi padre, mi amparo, mi hermano! Vivid para vuestra hija! vivid para vengaros!

Don Diego la contempló un momento, y luego exclamó:

—¡Viviré, y nos vengaremos!.....

### XIII.

#### A bordo.

Doña Marina no era ya aquella mujer sencilla que hemos conocido en la capital de Nueva-España, que hablaba ese idioma poético y bíblico de los habitantes del Nuevo-Mundo. Era ya una dama con todos esos requisitos nimios de la civilización europea.

Cuando Don Enrique reconoció á la mujer del Indiano, un torrente de ideas horribles brotó de su cerebro.

Don Diego creeria que él le habia engañado, que en todo aquello habia una infame mistificación de la que él era el autor, que le creerian capaz de haberse vengado de una manera tan vil, y su conducta, de que él mismo estaba tan satisfecho, se pintaria con negros y vergonzosos rasgos.

—Don Enrique—dijo Doña Marina, que fué la primera que pudo hablar—¿esto es obra de vuestra venganza?

—Señora—contestó él trémulo—Dios me libre de haber pensado jamás en una venganza tan indigna.

—Entonces ¿cómo me explicáis vuestra presencia entre estos hombres, mi prision aquí, ese algo que yo no puedo explicar, pero que siento?

—Señora, puede ser que las apariencias os hagan creer que yo tengo parte en cuanto os ha acontecido; pero os juro por Dios que todo ha pasado contra mi voluntad, y que vos contareis siempre con mi apoyo.

—¿Para qué lo necesito? Muerto Don Diego, perdida mi hija.....

—Os engañais, señora; Don Diego vive y está al lado de vuestra hija.....

—¿Vive Don Diego? ¿vive mi hija?—exclamó la dama levantándose.—¡Ah! repetídmelo por favor, no me engañeis, no me engañeis!

—Don Diego vive; he hablado con él; sé por él que vuestra hija está viva.....

—¡Ah! entonces ¿por qué habeis sido tan cruel de no decirle dónde yo estaba?

—Señora, es el destino que nos ha perseguido y nos ha burlado: yo prometí á vuestro esposo conseguir vuestra libertad, volveros á sus brazos; yo conseguí la orden de Morgan para enviaros; pero por una horrible desgracia, que aun no alcanzo bien á comprender, otra dama que estaba prisionera en el navío almirante, ha tomado, señora, vuestro lugar, y ha sido puesta en libertad.

—¡Dios mio! ¿y qué sucedería?

—Señora, desde el navío he podido contemplar la escena que tuvo lugar entre esa mujer y vuestro esposo en la playa: él se adelantó á recibirla creyendo que érais vos.....

—¡Desgraciado!.....

—Pero ¿comprenderéis, señora, lo terrible de mi situación? Vuestro esposo creerá, y con razon, porque las aparien-

cias me condenan, que le he engañado, que le he burlado, cuando á costa de mi sangre os hubiera rescatado.....

—¿No sois ya enemigo de Don Diego?

—Señora, ¿creéis que injurias como las que he recibido de Don Diego, pueden olvidarse, Doña Marina? ¿Por quién he perdido mi patria, mi nombre, todo, todo? por él, por él, por la espantosa burla de que fuí objeto el dia del sarao con que obsequiábais al marqués de Mancera.

—Don Enrique, es muy cruel de vuestra parte hacerme en estos momentos semejantes reproches.

—Señora, no son reproches, y mal caballero fuera yo si tal hiciera; tengo con vuestro esposo pendiente una terrible deuda, pero que no la cobraré sino en el terreno del honor: entretanto, y mientras la desgracia pese sobre vos y sobre él, señora, contareis ambos con mi apoyo y con mi esfuerzo: felizmente Dios me pone á vuestro lado para defenderos y sosteneros, y lo haré, lo haré á costa de mi vida.

—Gracias; teneis un corazón de oro.

—No, señora; cumplo con mi conciencia.

—Oídme: ¿sabeis cómo he venido aquí y para qué?

—Sí, señora.

—Pues bien; estoy en poder de Morgan, que pretende hacerme su querida, que quiere tomarme como un instrumento de sus placeres; yo he leído en sus ojos sus terribles deseos, y ese hombre debe ser tan impetuoso en sus pasiones, que será capaz de todo por satisfacerlas. Cuando yo fuí entregada á Morgan nada temia, y esperaba con resolución el momento supremo; yo creia muerto á Don Diego, perdida para siempre á Leonor, y antes que ser de ese hombre, estaba yo resuelta á morir: mirad.

Y Doña Marina sacó de debajo de su cotilla un puñal pequeño y con la empuñadura y la vaina de oro.

—Este puñal—continuó Doña Marina—está envenenado con el jugo de esas plantas que solo conocen los indígenas de nuestro país, y la herida es instantáneamente mortal; pero entonces queria morir porque nada esperaba sobre la tierra; ahora quiero vivir, vivir para mi hija y para mi esposo; ¿es verdad que debo vivir?

—Sí, señora, vivid.

—Sí; pero necesito sostener una lucha espantosa, diaria, de todos los dias, de todos los instantes; resistir al terror, al tormento, á la fuerza, á la seduccion, quizá hasta los mismos venenos.....

—¡Es cierto! ¡se os preparan dias crueles!

—No los temo si puedo contar con vuestro apoyo.

—Contad con él, señora, aun cuando me costara la vida.

—Entonces yo sabré resistir, porque sé que hay quien me compadezca siquiera, quien me comprenda, quien pueda algun dia, si muero, referir á Don Diego y á mi hija cuanto he hecho por ellos.

—Pero, señora, tened valor.

—¿Creeis que desmaye y sucumba?

—No, jamás; pero temo que en un rapto de desesperacion, hagais uso contra vos de esa arma terrible.

—Teneis razon—contestó Doña Marina, y lanzó al mar el puñal.

—¿Qué haceis?—dijo Don Enrique.

—Con esa arma en mis manos quizá no hubiera podido contenerme, yo no podia responder de mí, y tal vez, ciega por el dolor, habria acabado con mi existencia; y no quiero, no quiero morir; resistiré, me siento con fuerzas para ello, y si sucumbo, no será por el suicidio, sino por la violencia de mi mal.

—Doña Marina, confiad en la Providencia, que ella os

dará fuerzas, y despues fiad en mí; yo os sostendré en esa lucha.

—¡Dios es testigo de vuestra promesa!

—Que sabré cumplir.

Juan Darien llegó entonces á interrumpir la conversacion.

—A fe de marino—dijo—que conoceis á cuantas damas se han encontrado en esta tierra, y parece que todas tienen con vos negocios importantes, segun lo que con ellas departís.

—Esta dama—dijo Don Enrique—es la esposa de un gran amigo mio, y me intereso por su suerte.

—Es verdad—agregó Doña Marina, que tenia un aire mas calmado despues de la conversacion que habia tenido con Don Enrique;—el señor es amigo de mi esposo.

—Deseo conseguir la libertad de esta dama—dijo Don Enrique—y cuento para ello con vuestra amistad.

—Podeis hacerlo, aunque me parece cosa muy difeicil; el corazon del almirante ha encallado en esos negros ojos, y será trabajo de gigantes ponerlo á flote.

—Lo emprenderemos, ¿es verdad?—dijo Enrique.

—Yo estoy listo para ayudaros; pero si el almirante se pone en facha y nos echa la primera andanada, nos echa á pique, de seguro.....

—Quizá ya ni recuerde, supuesto que no ha enviado por esta dama.

—No lo penseis, que segun entiendo, pronto vendrá por ella.

—Dios nos ayudará, y cuento con vos.

La armada debia acercarse á la costa á recibir allí una gruesa suma que el gobernador de Panamá enviaba á Morgan.

Explicaremos por qué el gobernador español enviaba tributo al pirata.

Tan luego como Morgan se apoderó de la ciudad, envió dos prisioneros con la comision de buscarle cien mil reales de á ocho, con la advertencia de que si no se le entregaban, reduciria á cenizas la ciudad.

El presidente ó gobernador de Panamá, que habia sabido la venida de los piratas, habia avanzado con fuerzas, contando con que no tomarian la plaza, y él llegaria como un auxilio, solo para perseguirlos y acabarlos; pero bastó solo una partida de Morgan que encontró en un desfiladero, para contenerlo.

El gobernador, furioso, amenazó al pirata con una guerra sin cuartel; el pirata se rió de sus amenazas é insistió en el envío de los cien mil reales, que tomaron, segun el lenguaje de aquellos tiempos, el nombre de *tributo de guerra*.

Cuotizaron á los comerciantes y propietarios, y convínose en entregar la suma á Morgan.

Esta era la razon de por qué la armada tenia que tocar en uno de los puntos cercanos de la costa.

El viento sopló favorable, y ya en la tarde de aquel dia llegaron los navíos al punto señalado, y ancló la escuadra en una ensenada, y saltaron á tierra en un bote los comisionados por el almirante para recibir el tributo de guerra.

A esa misma hora, Morgan mismo en otro bote, vino á bordo de la «Vénus» á recoger á su prisionera.

Doña Marina estaba resignada; iba á emprender con el pirata una lucha terrible de astucia y de energía; necesitaba para triunfar, no solo de la resolucion del que resiste, sino de la sagacidad del que acomete.

Necesitaba, para evitar el último trance, adquirir un dominio sobre el corazon de aquel hombre, y para adquirir

ese dominio era preciso inspirarle no un amor carnal, no un provocativo deseo de placer, sino un amor profundo, espiritual, un amor de esos que elevan el alma en vez de arrosarla entre el cieno, un amor verdadero.

¿Podria conseguirlo?

Su corazon le decia que sí; su razon quizá la hacia dudar, porque no conocia ni la vida anterior ni los sentimientos del pirata. Se trataba de purificar una alma para obligarla al sacrificio, de encender tanto una pasion, que llegara hasta el sublime de la abnegacion; se iba á jugar, á despedazar el alma y el corazon de un hombre, para hacerlo digno de ejecutar una accion generosa; se buscaba la virtud comenzando por la idea del pecado.

Aquella era una empresa aventurada, era un camino peligrosísimo, pero quizá el único.

Dominar el torrente precipitando su curso; hé aquí el plan.

—El almirante viene hácia acá—dijo Don Enrique á Doña Marina;—¿qué ordenais, señora? ¿quereis que yo le hable?

—No, Don Enrique—contestó tranquilamente Doña Marina—dejadme hacer; tengo un plan: cualquiera cosa que veais no os engañeis, no sospecheis de mí, ¿lo oís? no juzgueis, por las apariencias; pero no me abandoneis, vigilad: si algun secreto llega hasta vos de lo que contra mí se trama, avisadme, pero no mas: cuando yo crea necesaria vuestra ayuda os llamaré; mientras tanto, afectad respecto de mi suerte la mas completa indiferencia; ¿lo oís? pero sobre todo, os lo repito, no os dejeis guiar por las apariencias, ni juzgueis por ellas de mí.

Morgan estaba ya en la «Vénus» y conducido por Juan Darien se dirigia en busca de Marina.

La joven se habia desprendido de los adornos que le colocaran las damas de los marineros, y habia procurado dar á su trage el mayor aire de sencillez y de modestia.

—Dios os guarde, hermosa—le dijo Morgan tendiéndole la mano;—en vuestra busca vengo para llevaros al navío en que debeis reinar.

—Señor—contestó Doña Marina—en donde vos esteis no seré sino vuestra esclava; prisionera soy, botin de guerra, y podeis disponer de mí y arrojarme al mar si os place como una carga averiada, que yo no tengo mas voluntad que la vuestra.

Morgan escuchaba con admiracion este discurso; la belleza de Doña Marina le fascinaba, y aquellas palabras dichas con un aire tan dulce y tan tierno, revelaban un corazon inocente, y al mismo tiempo una triste resignacion.

En aquel momento, el pirata sintió por aquella mujer lo que no habia sentido nunca por ninguna otra; sintió una especie de respeto: de seguro que en aquel momento no se hubiera atrevido á tocarla, como no se atrevia á ordenarle que le siguiera.

Es un fenómeno curioso que se observa muy comunmente, que los hombres mas terribles, aquellos cuyo corazon no tiembla ante el peligro, cuya constancia y energía no se doblegan ante el infortunio y ante la misma muerte, son los que con mas facilidad se dejan alucinar y dominar por el amor; y semejantes á un niño, en aquellos momentos, su timidez los hace débiles á presencia de los débiles.

Doña Marina comprendió lo que pasaba en el alma del pirata, y no quiso, abusando de su triunfo, provocar en él una reaccion tanto mas peligrosa cuanto mas sumiso estaba el almirante en aquellos momentos. Así, antes que esperar que él lo dijese, se adelantó á su pensamiento.

—Mandad, señor—le dijo;—estoy pronta á seguiros como vuestra esclava.

—Venid, señora—contestó Morgan—seguidme, pero no como mi esclava, sino como señora y dueña de mi albedrío.

Los demás piratas se habian alejado respetuosamente para dejar á Morgan que hablase libremente con la dama; cuando la vieron ponerse en pié y al almirante ofrecerle la mano, todos se acercaron.

Morgan, llevando á Doña Marina con muestras de gran respeto, llegó hasta la escala y la ayudó á pasar al bote.

Don Enrique procuraba observar todo sin hacerse sospechoso.

Cuando la lancha partió, Don Enrique la siguió con la vista.

—¡Ah—exclamó—es un arcano profundo el corazon de la mujer.

Doña Marina, al subir al buque «Almirante,» alzó los ojos al cielo y dijo en su interior:

—¡Dios mio! protégeme como hasta aquí!